

## Carlos V

Toda figura grande o importante de la historia suele ser siempre discutida por alguna motivación unas veces justa y otras injusta.

Carlos V no podía quedar exento. Su personalidad gigante ante el mundo entero suscitó envidias, venganzas y traiciones.

Sus detractores inventaron defectos, intenciones perversas y hechos contra su conciencia vida y persona.

Cuando llegó a España, era un joven desconocido física e intelectualmente. Se sabía de quien era hijo y nieto. Poco más.

En el archivo municipal de Valladolid, se conserva un hermoso retrato que lo presenta con gran prestancia y lozanía, con sombrero retador, barbilla desafiante y gesto triunfador.

Pisó tierra española por primera vez el año 1517 en Villaviciosa (Asturias). Traía sangre española por ser nieto de los Reyes Católicos. Su abuelo Fernando V había muerto el año anterior en tierra extremeña, Madrigalejo, camino de Guadalupe, donde citó a los Maestres de las Ordenes Militares. Pero no pudo llegar a los pies de la Virgen.

Antes de morir en el cercano pueblo cacereño, hizo su último testamento, bien asesorado por excelentes juristas y fervientes patriotas. Nombró heredero a su nieto el joven Carlos.

Pocos años más tarde, aquel joven príncipe, en 1523 llegó a ser ya emperador. Edad y circunstancia para presentarlo como una figura seductora ante aquella Europa del todavía joven siglo XVI.

El joven Carlos no conocía el inmenso territorio que había heredado. Mostró una actitud expectante: Mira, observa e intuye, pero calla.

Le impresionó el carácter español, su entereza y valor. Eran descendientes de Numancia y de Viriato.

Pero tampoco sintió miedo. Observó con sensatez, ilusión y energía. Luego cambió de estilo y acaso de criterio. Prescindió de germanía para llevar a cabo la unidad y transformación de aquel extenso imperio español recientemente heredado.

El Carlos de Gante se convirtió en Carlos de España.

Y fue un príncipe afortunado, que recibió cuatro herencias, una de cada abuelo: Maximiliano y Juana de Borgoña, Fernando e Isabel, los Reyes Católicos, por ser hijo de Felipe el Hermoso y de Juana la Loca.

De los paternos, los dominios de la Casas de Austria y los de Borgoña; y de los maternos, los Estados de la corona de Aragón y los dominios italianos: Nápoles, Sicilia y Cerdeña, con los de Isabel de Castilla y las posesiones ultramarinas y africanas.

La diadema germánica y la gran corona española. La herencia de Carlomagno, cuyos soberanos debían coronarse junto al sepulcro en Akisgrán, y el Pontífice coronaba al llamado Emperador del Sacro Romano Imperio.

¡Cuánto poder y grandeza sobre las sienes del joven Carlos!

Algunos historiadores opinan que fue una gran desgracia para España heredar los dominios europeos, porque tuvo que sufrir la dolorosa amargura de perderlos: Nápoles, Sicilia, el Milanesado, Flandes y el Franco Condado.

Ingenua opinión de incautos españoles.

Es evidente que sin los dominios europeos, España no hubiese logrado la hegemonía mundial, ni el idioma español se hubiera hablado en Roma para retar a Francisco I por boca de Carlos V quien lo convirtió en lenguaje universal.

España dominó en Europa, llegó a América como triunfadora para dilatar los confines hispánicos en toda la redondez de la tierra.

Ni siquiera con el pensamiento podemos manchar nuestro pasado, porque la integración del imperio español fue un hecho «claro, limpio y ejemplar». Tampoco podemos aceptar las diatribas virulentas, lanzadas contra nuestro derecho y nuestra gloria en los pasados siglos de la historia.

Sería de necios censurar un pasado histórico que fue gloria inmarchita o prestigio de España, fortuna cumplida y generosa colaboración con el progreso y la cultura. Porque la organización del imperio español fue admirable y admirada.

Gran parte ocupó al pensamiento del Rey Católico, D. Fernando. Es impresionante el consejo que el príncipe Carlos recibió de su abuelo en el último testamento inspirado por sus sabios y prudentes consejeros, fechado en la villa cacereña de Madrigalejo, al recomendarle prudencia, justicia y celo para conservar el imperio que tantos sacrificios y desvelos costó conseguir.

No cabe duda que los años y la experiencia fueron madurando la mente del joven emperador hasta lograr la gran libertad de movimiento en sus decisiones.

Acaso no sea muy conocido el llamado lienzo «aetatis XXXII» con otro retrato que refleja el talante del joven emperador. Su rostro es el espejo del alma.

Copiamos la descripción que nos brinda Ballesteros-Beretta: «Contemplamos el retrato que corresponde a esta data con diferencia de dos años de los que se consigna el lienzo «aetatis XXXII». Cubre el mentón del emperador una barbilla recortada y puntiaguda, suficiente a encubrir, en lo posible, la prominente mandíbula; bigote corto, retorcido, con inclinación hacia la barba; boca entreabierta de persona absorta en graves pensamientos, que los ojos, entornados y de vago mirar, confirman; no lengua cabellera. El indumento es severo: lo constituyen colete blanco rizado a la española, ropilla oscura con adornos de terciopelo verde, ferreyuelo negro y guantes blancos de rizos, de factura hispana, calzada la mano derecha, que señala con los dedos un libro cerrado, tal vez un devocionario; la izquierda, descubierta, sostiene el guante y muestra en el anular una sortija callosa con un rubí tallado. El toisón sobre la rodilla, y en la cabeza un leve sombrero negro, que apenas cubre la testa imperial... Alguno con espontánea objeción, dirá: «Sería la moda de entonces».

Con tres decenas de años Carlos V estaba lleno de fuerza y vigor, con inteligencia plena y voluntad firme.

El César por entonces estaba seguro de que las normas políticas de su abuelo Fernando el Católico eran garantía de la hegemonía española y de la estabilidad del imperio. «España, eje de un dominio universal con tradición de catolicidad».

Se convenció de que era preciso frenar a unos y halagar a otros.

Y no dudó del carisma de la Coronación hecha por el Papa Clemente VII en Bolonia. Su eficacia operativa había enriquecido la augusta personalidad de Carlos V.

Porque a partir de aquellos acontecimientos, se sintió más dinámico y generoso, y con desconocida audacia e impulsivo.

Fueron elementos estimulantes la civilización cristiana, ansiosa de llegar a todos los hombres, y con su gran potencia militar capaz de frenar el ímpetu arrollador del Islam, que asediaba a Europa y a la misma cristiandad.

Fueron etapas cruciales e inolvidables, como la defensa de Viena con el César al frente de sus tropas, en 1531, la toma de la Goleta y de Túnez en 1535, la brillante empresa contra Barbarroja, etc...

El historiador Ranke vislumbró la gravedad del peligro turco por lo que significaba para la Europa cristiana, y cómo estimulado por esta realidad tituló su obra «Los Osmanlis y la Casa de Austria». Porque eran las dos potencias de la época: La civilización cristiana contra la ambiciosa expansión islámica que aspiraba dominar todo el Mediterráneo.

Latía en el fondo cierta corriente de la política fernandina tan señalada por los triunfos resonantes del Gran apitán al otro lado del mismo Mediterráneo. El pensamiento africano que fue la gran ilusión postrera de Isabel la Católica, verdadera lumbre de profecía, antes de la gloriosa gesta de Navarro.

En todas las campañas, tanto ideológicas como territoriales, siempre tuvo a su lado a las fieles tropas españolas, que contribuyeron a los grandes éxitos del César.

Carlos V llegó a sentirse un poco más otro Moisés de un nuevo pueblo elegido, para establecer en el mundo una monarquía universal, ungida de religiosidad católica.

Aquel ambiente invitaba a resucitar grandes figuras de la antigüedad. Y Carlos era el César moderno nimbado de gloria, poder y majestad. Hollaba campos europeos y africanos.

En Roma se escuchó también el verbo imperial del César Carlos, como en siglos anteriores, resonó triunfador el de otro César.

Mas ni César, ni Carlos fueron producto de un delirio juvenil, sino de una sensata madurez bien curada.

Por eso la imagen perdurable del Emperador germano-español, no fue un rostro de joven iluso o imberbe, sino de un varón barbudo y reflexivo, que forjó su gigante personalidad histórica y mundial.

Pienso que necesaria una biografía de Carlos V construida por auténticos investigadores, serios y objetivos, que no se manchen con el sucio veneno que vomitaron los autores de tanta leyenda negra y enemigos de España.

Una biografía sincera, real y sensata, desde el punto de vista español. Porque es preciso reconocer que el Emperador, al final de sus días, se sintió y fue, más español que holandés o alemán. Para que en lo sucesivo, lo llamemos, en vez de Carlos de Gante, Carlos de España.

## CARLOS V Y LAS COMUNIDADES

El movimiento comunero en la España de Carlos V, ha sido interpretado, a veces, con criterios personales, según la escuela y prejuicios de los historiadores.

Alguno ha querido convertirlo en raíz y modelo de otras campañas subversivas de siglos posteriores. Hasta un antecedente de las Cortes de Cádiz.

Su génesis y desarrollo fue realmente una campaña anticesarista.

La presencia en España de un joven nacido fuera, y heredero de grandes Estados, resultó desagradable y preocupante en ciertos sectores.

Carlos V, nacido en Gante, con su estilo y personalidad, molestó en nuestra patria, acostumbrada a rechazar todo lo extraño y a defenderse de cuanto pudiera parecer signo de dominio o invasión.

Esta y otras motivaciones unieron a los dos grupos antagónicos: los municipios y la nobleza, cuya enemistad hundía sus raíces en la Edad Media.

Más ahora se unían frente a un probable enemigo común: el absolutismo de un Rey, que ni era nacido ni conocedor de España.

Los aliados enarbolaron los títulos de libertad y privilegios, pero en el fondo, encubrían situaciones caprichosas y privilegios mantenidos a ultranza.

Tampoco estaban cicatrizadas las heridas de aquel feudalismo absolutista que cercenaron los Reyes Católicos. Com tampoco había muerto el orgullo que domeñó con valor y entereza Cisneros.

El joven monarca invocó los dones de prudencia y sabiduría, de justicia y fortaleza...

Las comunidades representaban lo viejo, lo medieval, lo inservible y trasnochado, frente a los enormes problemas políticos y sociales que exigía aquel naciente imperio, y que el joven Carlos debía resolver con mucha habilidad, discreción y energía.

Frente a lo viejo y caduco, Carlos significaba el progreso, lo eficaz, lo justo y lo mejor.

España presentaba un amplio horizonte internacional de esperanza, que el joven monarca supo aprovechar, descubriendo, en 1523, siendo ya rey y emperador, que su gran enemigo empezaba en los Pirineos. Y era el mayor adversario de toda la geografía europea, porque Francisco I, el «cristianísimo», se había aliado en traidor contubernio con Seleyman el Magnífico.

Fue el pensamiento de su abuelo Fernando El Católico, agudísimo y perspicaz diplomático.

El tiempo fue la más espléndida confirmación. Porque Carlos V, como inspirado por el abuelo español supo conducir la nave patria a feliz puerto.

## HISPANIZACIÓN Y CATOLICIDAD

Cuando Carlos V llegó a España, tenía muy hondas raíces de religiosidad, aprendidas de su preceptor, el deán de Lovaina, Adriano de Utrecht, luego uno de los Papas más austeros del Reconocimiento.

Aquel hondo espíritu de religiosidad católica lo infundió en su idea imperial. Y si alguna vez discrepó con el Romano Pontífice, fue como político, jamás como católico.

Los tiernos fundamentos adquiridos en su juventud, fueron consolidados y robustecidos posteriormente en España, al respirar el ortodoso ambiente que reinaba por la constante sementera de sus abuelos los Reyes Católicos. Por eso Carlos no dudó en llamarse también Católico, Real, Sacra y Católica Majestad...

Y como la esencia de la catolicidad es extensiva, universal, sin límites, ni fronteras, entraba en su concepción de un imperio católico, la misión coadyuvante de evangelizar el mundo entero.

Jamás traicionó la noble consigna de sus predecesores y abuelos, los Reyes Católicos, haciendo suyo este pensamiento de la Reina Isabel de Castilla: «No quiero reinar en un puñado de tierra, si no reina en ella primero la cruz».

No es válido el calificativo de belicoso que alguien ha querido aplicar al Emperador; esencialmente fue conciliador. Jamás fue provocativo. Con Francia buscó todos los medios pacificadores. Se mantuvo siempre a la defensiva para evitar las hostilidades del rey francés, quien tercamente se opuso a una pacífica avenencia.

Al final, a trueque de conservar la paz, aconsejó a su hijo la boda francesa.

Aunque participó en contiendas belicosas, es justo reconocer que fueron sufridas más que provocadas.

Es cierto que no todos los historiadores piensan de este modo. Respetamos todas las opiniones.

Siempre estuvo aconsejado por clérigos mensajeros de la paz evangélica, como Adriano. Y cuando altos cargos y responsabilidades, puestos en manos de su primer preceptor, Adriano, reclamaban la mayor parte

de su tiempo, como Gobernador, fue sustituido por el obispo de Badajoz, Dr. D. Pedro Ruiz de la Mota, como mentor y en cierto sentido, portavoz del joven D. Carlos, ya que no dominaba aún el idioma español.

Así en las Cortes de la Coruña, fue el prelado, quien explicó la idea del Imperio. Y manifestó algunos conceptos como éste: «Emperador es él sólo en la tierra rey de reyes». Luego añadió también: «Ahora vino el Imperio a buscar el Emperador a España, y nuestro Rey de España es hecho, por la gracia de Dios, Rey de Romanos y Emperador del mundo.

Confirma esta opinión el Académico, llamado vulgarmente, el Bachiller Alonso San Martín, en el discurso de constatación a D. Antonio Ballesteros-Beretta, en su ingreso en la Academia de la Historia, con esta cita del Rey Sabio: «El Rey D. Alfonso, seyendo el reyno de Granada y mucha parte de Andalucía de moros, salió del reyno a recibir el Imperio, que estaba en contienda, y no sin contradicción», (1918, pág. 94).

El joven monarca Carlos, futuro César, robusteció su espíritu con una fe y sentimientos profundamente católicos, para luchar enérgicamente contra la herejía luterana. No olvidemos a su educador ejemplar, Adriano.

Y como patriota, se tornó tan reciamente español, como los más auténticos y fervientes.

Para tranquilizar a los recelosos, el obispo Dr. Ruiz de la Mota, dijo a los españoles que el rey: «Promete servir y morir en este reino, en la cual determinación está y estará mientras viviere. El huerto de sus placeres, la fortaleza para defensa, la fuerza para ofender, su tesoro, su espada, ha de ser España».

Aunque Menéndez Pidal parece que atribuye al ambiente español la saturación de religiosidad e hispanismo, no podemos marginar al deán de Lovaina, que luego fue obispo de Tortosa y enamorado de España.

Mas, sin duda alguna, que las raíces más firmes y hondas de la hispanización de Carlos V, político realista, radica en la fuerte asimilación de la ideología del rey Fernando el Católico quien tuvo una clara y adelantada visión de muchos problemas y acontecimientos políticos.

La honda hispanización de Carlos V llegó a su culmen y con estruendoso eco, al consistorio de cardenales, al regreso de la victoria de Túnez, cuando el vibrante español acusó a Francia, «el limpio contraste

con sus claras y leales intenciones de paz, de concordia, de fraternidad cristiana y de alianza contra el enemigo de la fe...».

Es justo citar el pensamiento de Alfredo-Fatio, en su estudio «L'espagnol langue universalle» (París, 1925, pág. 189), cuando alude a quel «lunes de Pascuas, 7 de abril de 1536» en el aula de los «paramenti», del Vaticano resonó la voz del soberano de España, ganado en cuerpo y alma el pensar y sentir español, era su propio consejero y libre Rector de sus actos».

Lástima no poder citar aquel discurso inmortal.

TEODORO FERNÁNDEZ SÁNCHEZ